

CAPÍTULO 3

La perfección de los comienzos

EN 1924, Bholanath obtuvo un empleo como director de los Shahbagh Gardens de Dhaka. Nirmalá descubrió pronto un viejo templo de Kali y la pareja estableció allí su residencia, junto a un enorme árbol desarraigado (un ejemplar de *Ficus religiosa*) del que, simbólicamente, crecían ramas nuevas en una recreación de sus orígenes. Según Nirmalá, el templo de Siddheshwari había sido un lugar de *shakti sādhanā* desde tiempos antiguos y aquel sitio sagrado había estado asociado con el gran sabio del siglo VIII Shankaracharya. Había habido *sādhakas*, incluido Bholanath en una vida anterior, que habían realizado allí *tapasyā* (austeridades ascéticas).

Esta estancia en Siddheshwari coincidió con el período de *maunam* de Nirmalá. Tal como se estaban desarrollando las cosas, es evidente que Nirmalá pensaba instalarse allí y establecer su primer áshram. Instalarse en cualquier lugar es una decisión seria; fundar un áshram, especialmente un *primer* áshram, es un paso aún más trascendental. Construir un áshram no es sólo cuestión de levantar un refugio, es la creación de un mundo; es el universo que se construye para uno mismo imitando la creación paradigmática de los dioses, la cosmogonía. Puesto que la morada constituye una *imago mundi*, está situada simbólicamente en el Centro del Mundo. La multiplicidad de centros del mundo no presenta ninguna dificultad al pensamiento religioso, pues no se trata de un espacio geométrico ni de una propiedad legal, sino de un espacio existencial y sagrado con una estructura enteramente diferente. Cuando lo sagrado se manifiesta en una hierofanía —como en el espacio antiguo de Siddheshwari— existe una diferenciación de ese espacio que lo hace cualitativamente distinto de todos los demás; hay una revelación de una realidad absoluta en esa hierofanía que lo diferencia de la «no-realidad» de la inmensa extensión circundante. Si se ha de vivir en ese espacio sagrado, en ese mundo, primero debe ser *fundado*.

Toda hierofanía en un espacio sagrado implica una irrupción de lo sagrado, un *acontecimiento*. Los hechos que comprende la fundación del primer áshram están todos recogidos en diversas publicaciones, pero nunca se han relatado como una historia que indique claramente su cardinal importancia en la vida de Nirmalá. Sin embargo, es un relato fascinante y dice cosas importantes sobre Anandamayí que ningún otro acontecimiento nos proporciona de manera tan gráfica. He estado mucho tiempo interesado en esta parte de la historia de Anandamayí, y hace veinticinco años publiqué parte de mi interpretación de algunos detalles en mi libro *The Speaking Tree*. He reflexionado sobre la historia en los años transcurridos desde entonces, y a través de mi amistad con una de las autoridades principales en cosmogonía védica, John Irwin, me he acercado a un material no muy conocido —ni siquiera por los grandes eruditos védicos de la India— y que proyecta luz sobre el genio espiritual único de Anandamayí. No estoy proponiendo, sin embargo, que Nirmalá emprendiera el establecimiento de su áshram de Siddheshwari por el acercamiento al conocimiento erudito de la tradición védica, que, por lo demás, era absolutamente contraria al ejercicio de su *kheyala*. En sentido objetivo, ni ella ni nadie asociado con ella tenía el menor conocimiento de los componentes tradicionales, y sumamente antiguos, de la cosmogonía védica que son pertinentes para nuestra historia. En efecto, el primer estudio erudito moderno sobre las antiguas

versiones indias de la cosmogonía no se publicó hasta 1945. Lo que afirmo es que tenemos aquí, de acuerdo con su *kheyala*, una reaparición totalmente espontánea e involuntaria de una hierografía antigua olvidada hacia tiempo. Ya me he referido a la aguda sensibilidad de Anandamayí hacia cosas inmemorialmente antiguas, a menudo desatendidas o incluso abandonadas por los guardianes de la tradición. La cita siguiente revela un ejemplo muy vivo y extraordinario de ello. Como espero demostrar, esto es algo de una importancia fundamental para una comprensión plena del estilo particularmente distintivo de Anandamayí. En este ejemplo, ella parece filtrar los ingredientes de la cosmogonía antigua —los arquetipos, si se quiere— a partir de una corriente común mayor y les imprime el sello de su personalidad propia dentro de los límites dados de la situación inmediata: un lugar de la tierra con sus propios contornos y su propia configuración en las cercanías del nordeste de Dhaka.

Anandamayí contó a Didi:

Tenía un *seer* y medio [aproximadamente kilo y medio] de semillas verdes de *dal* [...] habiéndolo limpiado y dispuesto todo, dije a Bholanath: «Ven, vamos a Siddheshwari». Bholanath nunca ponía obstáculos en mi camino. Salió. Fui a Siddheshwari, cociné toda la comida y, después de ofrecerla a la divinidad, comimos [...] Luego dije a Bholanath: «Me quedaré aquí» [...] Dije que me quedaría en la pequeña habitación cerca del templo de Kali. Y así fue. Acostumbraba a bañarme por la mañana muy temprano y meterme en esta habitación, de la que no volvería a salir a lo largo del día y de la noche. Ningún alimento se comió en todo el día. Por la noche Baul [un amigo de Bholanath] llegó cantando, trayendo fruta. Por la noche, muy tarde, se ofreció la fruta a la divinidad y luego comimos... Así pasaron siete días.

El octavo día llovió mucho por la mañana. Hice señas a Bholanath [en ese momento, yo continuaba el *mannam* de tres años] y le dije que saliera. No sabía adónde llevaba aquel camino, pero sin dudarle me dirigí hacia el norte. Finalmente, este cuerpo pareció llegar a su destino y caminó alrededor de una parcela de tierra como si realizara *pradakshinā* [circumambulación de una entidad sagrada]. Entonces me senté mirando hacia el sur y lo que tú llamas mantras empezaron a surgir a borbotones de mi boca, pues en esa época sólo esa clase de palabras podían salir de mí. Mientras tanto, yo había puesto mi mano derecha en el suelo y me apoyaba sobre ella. Curiosamente, sentí como si capa tras capa del suelo desapareciera, como al correr las cortinas; mi mano y mi brazo penetraron en el suelo hasta el hombro. Bholanath se alarmó y rápidamente me agarró y consiguió sacarme el brazo. Al mismo tiempo, del agujero así practicado en el suelo brotó un agua caliente y rojiza. El agua era tan roja que mi brazalete de concha blanca se manchó y así permaneció durante muchos días.

Bholanath vio que Nirmalá agarraba con la mano algo que había sacado del agujero. No le gustó el aspecto de aquel objeto (nunca reveló a nadie lo que era) y no sabiendo lo que iba a suceder después, Bholanath se lo cogió de la mano y lo tiró a un estanque cercano. Nirmalá dijo después a Bholanath: «Mete la mano en el agujero». Como Bholanath se negó a hacerlo, Nirmalá le dijo: «No hay nada que temer. Es preciso que metas la mano. Métela». Entonces, Bholanath metió la mano en el agujero. Sintió un espacio vacío y cálido. Cuando retiró el brazo, de nuevo el agua rojiza y caliente brotó de la boca del agujero. Nirmalá y Bholanath permanecieron allí durante un rato, viendo como corría el agua. Luego, taparon la boca del agujero con barro y se fueron.

Pocos días después, plantaron un *tulsi* sagrado y algunos arbustos de flor alrededor del agujero, y el área circundante (un cuadrado de unos cinco metros de lado) fue lige-

ramente cercado con bambú según las instrucciones de Nirmalá. Didi relata lo sucedido después:

Matajī entró en *bhava* durante el *kirtan*, después de lo cual se recuperó un poco, pero aún estaba sentada, todavía un tanto desarreglada. Entonces, anunció a Bholanath: «Se debe hacer una construcción en este lugar de Siddhēshwari». Al día siguiente, mi padre preguntó por esa construcción. Matajī estaba sentada absorta en *bhava* y respondió en ese estado, proporcionando todos los detalles relativos a sus dimensiones y a su altura, aunque no estuviera en un estado normal. Hablaron de construir un *vedi* o altar de ladrillos sobre el agujero y luego una habitación alrededor del altar.¹

Matajī dijo: «La cerca de bambú que se levantó no se debe quitar. Las paredes deben construirse alrededor por el exterior del cercado». Prohibió la construcción de una estructura permanente, diciendo: «Sólo me quedaré en una habitación hecha de barro». Cuando se le preguntó si el altar debía ser cubierto con barro, contestó: «Comenzad primero la obra. Lo que tenga que suceder, sucederá. Nada más se va a revelar ahora». Después, mi padre solicitó a Bholanath hablar con ella, a fin de que le diera permiso y poder seguir adelante. «Construye lo que puedas —dijo ella—, luego lo que tenga que suceder sucederá». Así, se adquirió la tierra que contenía el altar y Padre empezó a construir la habitación. Matajī dijo: «La habitación tiene que estar hecha en siete días». Entretanto, habló más sobre el *vedi*. Cerrando los ojos, dijo: «Nada de barro debe caer sobre el altar. La base debe levantarse sobre cuatro lados a su alrededor y el *vedi* debe quedar como un pozo». [En otras palabras, cuando se encementó el suelo, el *vedi* dejaba un espacio vacío en el centro, pues el barro con el que Nirmalá y Bholanath habían tapado el agujero original del suelo debía permanecer intacto.]

En siete días, y con gran rapidez, se construyó este habitáculo en el mes de Phalgun [febrero-marzo] de 1926. El séptimo día, Matajī entró en la habitación e invitó a todo el mundo a cantar *kirtan*, y este canto se prolongó durante toda la noche. Matajī regresó a Shahbagh por la mañana. De vez en cuando, ella volvería y se sentaría en el altar dentro del hueco. En ese espacio mínimo se las arregló para cruzar las piernas e incluso tumbarse. Las devotas se sentaban a su alrededor y a veces ella se quedaba en la habitación durante uno o dos días cada vez. Pocos días después, Matajī anunció que se debía realizar *vasanti puja* en la inauguración.

De este modo, a su manera particular, Nirmalá reconstruyó rituales de consagración que databan de épocas antiquísimas, en los orígenes mismos del hinduismo, ritos con los que, hace tres o cuatro mil años, los sacerdotes arios celebraban la cosmogonía. No hay nada inusual en las dimensiones y los ritos de consagración, que todavía se realizan tradicionalmente con frecuencia. Lo que resulta especialmente interesante es la hierofanía del agujero en el suelo y el hecho de que este acontecimiento particular llevara a la construcción ritualizada de un *vedi* y una habitación a modo de capilla. En la antigüedad, la construcción de un altar sacrificial implicaba la necesidad de entrar en una relación correcta con el mundo sagrado como fuente del orden cósmico. Se sentía que el nacimiento del cosmos, el orden a partir del caos, era la clave de la perpetuación de la vida en la tierra. Con este objetivo, el hombre antiguo se colocaba él mismo y sus santuarios en el ombligo de la tierra (*prthivī nabhi*). Desde ese momento, la construcción de todo santuario sagrado sería la repetición paradigmática de la cosmogonía arquetípica.

1. El *vedi* mediría una *varga* y cuarto, aproximadamente un cuadrado de 55 centímetros de lado. El *varga* es la unidad de medida utilizada para el ritual, y se remonta a los tiem-

pos védicos, alrededor de 2.500 a.C. Está basada en el antebrazo del *yajmana*, la persona que encarga el sacrificio.

Al comienzo del relato, con la apertura del agujero en el suelo, encontramos el primer signo de la hierofanía. Como sucede a menudo en estos casos, la posibilidad de transcendencia se expresa mediante algún tipo de *imagen de apertura*; aquí, en el recinto sagrado, la comunicación con los dioses se hace posible. Podríamos entonces decir que el agua caliente que rezumaba del agujero es el «caos de las Aguas Primordiales», la modalidad preformal de la materia cósmica. Entonces, la plantación de árboles sagrados y la colocación de una cerca (tan valiosa que más tarde sería preservada cuando ya no servía a ningún propósito funcional), constituye la consagración del territorio, que hace de él un pequeño cosmos, una reactualización de la Creación. El agua con la que se mezcla la arcilla es asimilada con el agua primordial; la arcilla que forma el agujero simboliza la tierra; los muros laterales representan la atmósfera, el tejado es el cielo. Los tres niveles cósmicos —tierra, cielo y mundo inferior— se ponen de este modo en comunicación. En esa medida, pues, hay un paso de lo virtual y lo amorfo a lo que tiene forma. El nuevo santuario es el núcleo del primer áshram, equivalente a un nuevo principio, a una vida nueva. La sacramentalidad del mundo es afirmada. Independientemente de lo que sucediera más tarde en el áshram y en la vida de Nirmalá, esta primera manifestación sería la más significativa, mucho más que cualquier epifanía posterior. En cualquier ocasión en que esta inauguración se relata, como se hace aquí, la comunidad entera, incluidos vivos y muertos, se renueva; redescubre su «fuente», revive sus «orígenes». Es significativo que los seguidores de Anandamayí consideraran una *sádhana* muy propicia escucharla contar de nuevo las historias de sus años de juventud. Cuando estuve presente en esas ocasiones, ella hablaba invariablemente con gran intensidad y encanto.

No lejos del agujero del suelo, nos cuenta Anandamayí, había un montículo con forma de cúpula a la que ella atribuía una importancia considerable. Pues aquí, decía, estaba el lugar específico de la *tapasyá* (austeridades ascéticas) de Bholanath en una vida anterior. En una ocasión, el padre de Didi quiso construir otra habitación, justo allí, en el montículo con forma de cúpula. Sin embargo, los trabajadores llamados para que cavaran los cimientos sintieron miedo ante la idea de forzar aquel montículo con una forma tan distintiva. Para ellos era tabú, inviolable. La propia Nirmalá dijo esa vez que efectivamente había un significado en el montículo, además de su relación con Bholanath, pero afirmó que el tiempo no estaba maduro para su divulgación. A pesar de eso, convenció a Bholanath para que fuera el primero en romper la tierra, y sólo entonces los obreros se sintieron lo bastante seguros para continuar. Con el barro del montículo con forma de cúpula se moldeó la imagen de la diosa Vasanti, que fue adorada cerca del *vedi* durante los ritos de inauguración del santuario. Vasanti Puja, el día de la fiesta religiosa de primavera, se consideró la ocasión apropiada, pues celebra el principio del ciclo anual de la cosecha.

Didimá y Dadamahasaya, los padres de Nirmalá, asistieron a la ceremonia. Ella estaba muy sosegada y calma, y él disfrutaba cantando, para deleite de todos. También asistieron algunos otros parientes y devotos importantes. Cuenta Didi:

Los preparativos para la *puja* empezaron con una gran fiesta. *Debajo de la habitación construida alrededor del altar de Matají había una gran hormiguero* [cursiva del autor]. Aun después de que se construyera la casa, las hormigas blancas [termitas] acostumbraban a hacer montones de barro apelmazado en el interior. Por instrucción de Matají, ese barro de las hormigas blancas fue amasado con el usado para hacer la imagen de la diosa

Vasanti. Matajī le había dicho a Bholanath que midiera la altura del cuerpo de ella con una vara de mimbre y se hiciera la imagen de Vasanti con esa medida. Llegaron sacerdotes de Vikrampur para realizar la *puja*. Al sexto día de Navaratri [la fiesta de nueve noches en que se adora a la diosa Durga] todo el mundo convergió en Siddheshwari. Por entonces, se habían levantado ya varios edificios y se había aclarado más o menos la vegetación. Al día siguiente, comenzó la *puja* y Nirmalā se sentó en el hoyo del *vedi* mirando la imagen. No se levantó durante toda la noche. Toda la obra de Matajī es inusual. Lo que ella decía se hacía. Estaba sentada en el hueco, muy cerca del sacerdote, con el rostro velado, las manos colocadas siempre en algún *mudra*.



Anandamayī en sus años de juventud (fotografía de archivo del āsbram)

En esta segunda fase de la historia han aparecido dos detalles sumamente interesantes y extraños: el montículo con forma de cúpula y las hormigas blancas. Como veremos, están unidos en el despliegue de la cosmogonía védica. Para nosotros es difícil apreciar ahora la importancia de la cosmogonía para la religión antigua de la India, por

la sencilla razón de que, en la imaginación moderna, la relación de la cosmogonía con el retorno del sol después del invierno y la germinación de la semilla en primavera ha perdido su fuerza metafórica. La cosmogonía como mito ha perdido también su primacía en la práctica religiosa de los hindúes, y el simbolismo de la cosmología recibe ahora una atención mucho mayor.

En el relato de la hierofanía de Siddheshwari, cada nuevo elemento de la historia era experimentado por los participantes como un acontecimiento investido de un poder misterioso, pero no era considerado conscientemente como el contenido simbólico de un mito. El «mensaje» de la hierofanía, que leemos con la ventaja de la visión retrospectiva como una estructura coherente, apareció poco a poco, enigmáticamente, y ¿quiénes somos nosotros para decir cuál fue la respuesta de los participantes? Cualquier «dificultad» que pueda haber en el seguimiento de los acontecimientos es nuestra, no de Nirmalá, en la medida en que ella parece haber guardado silencio; evidentemente, *no* se trataba de comentar su *kheyala* en este caso.

El significado del misterioso líquido rojo y caliente que rezumaba del suelo tiene connotaciones ginecológicas obvias. El deseo de volver al origen de las cosas está muy profundamente arraigado en la psique. Prepara un nuevo nacimiento, pero no una repetición del primer nacimiento físico. Puede ser comparado a una regresión al estado de Caos antes de la Creación. El pensamiento indio y el yoga clásicos desarrollaron métodos (llamados *pratiloman*) para ir contra la corriente, remontar el tiempo para llegar *ad originem*, el instante paradójico antes del cual el tiempo no era. Se alcanza entonces el principio del tiempo y se entra en lo Eterno, en el Eterno Presente. Éste es un refinamiento sofisticado de la noción más arcaica, más basta, de la regresión al útero. El hecho de que Nirmalá volviera una y otra vez al hueco del *vedi*, manifiestamente en estado de bienaventuranza, sugiere, en el silencio de la poesía pura, la perfección de los orígenes recuperada en un estado no condicionado.

Un montículo con forma de cúpula emergiendo de un entorno pantanoso junto a una charca tiene menos connotaciones inmediatas, pero no por eso es menos interesante. Pues en los Vedas, y en todas las grandes religiones antiguas de Europa y Asia, incluido Egipto, el cosmos emerge de las Aguas Primordiales como una masa de tierra que surge y forma un montículo en forma de cúpula, conocido por los eruditos como el Montículo Cosmogónico Primordial. De este modo, esa sorprendente formación natural de tierra adyacente al agua puede ser considerada mitopoéticamente como correspondiente al Montículo Primordial «fundado sobre las aguas». En la cosmogonía védica estas aguas cósmicas constituyen el océano cósmico, pero en la cosmología posterior se han identificado con las aguas subterráneas, que se puede decir que corresponden a nuestro concepto moderno de «capa freática».

Los componentes de la hierofanía de Siddheshwari son experimentados como manifestaciones del poder sagrado. Pero el modo de revelación es, en este punto de su desarrollo, extraño y oscuro, al menos a primera vista. En el relato de Didi de la Vasanti Puja, se recordará, ella mencionaba específicamente que había un gran hormiguero blanco debajo del *vedi*, que las hormigas blancas seguían haciendo terrones de tierra en el santuario y que, por orden de Nirmalá, ese barro se mezcló con el del montículo con forma de cúpula para hacer la imagen de la diosa. En cierto sentido, no hay ningún misterio en esto, porque la relación entre las hormigas blancas y el Montículo Primordial,

y entre ambos y la cosmogonía, está claramente indicada en los textos religiosos indios más antiguos, los Vedas, que datan de alrededor de 2500 a. C. A nuestros ojos, las hormigas blancas son, en el mejor de los casos, prosaicas e insignificantes; en el peor, dañinas y destructoras. Pero en la India antigua eran criaturas misteriosas y veneradas. Además, el culto a los hormigueros de termitas ha sobrevivido en la cultura popular de toda la India, un eco fantasmal de la cosmogonía pero separado de su significado original en la memoria del pueblo sencillo.

La palabra antigua para un lugar sagrado es *bhavana*, derivada de *bhu* (venir a la existencia). La cosmogonía se imaginaba como la formación y configuración de algo que ya existía, esto es, de *asat* (caos). Es el Montículo Primordial el que es así formado. En el lenguaje parabólico de los antiguos, lo importante no era la causa y el efecto, sino la superposición e interdependencia de las relaciones (de lo que la hierofanía de Siddheshwari es un vivo ejemplo moderno). El agujero en la tierra, el *vedi*, el montículo en forma de cúpula y las hormigas blancas tienen, como mínimo, ecos de esta subestructura arquetípica, compartida, hay que decirlo, con todas las grandes religiones.

Volviendo al significado cargado de tabú del montículo en forma de cúpula, su forma sugeriría que era un hormiguero abandonado erosionado por el monzón. La relación establecida por Nirmalá entre este montículo y las austeridades de Bholanath en una vida anterior enriquece su intenso significado. Existe en la India una tradición común de que los sabios, *yogis* y *rishis*, acostumbraban a realizar sus austeridades sobre hormigueros. El sentido es simple y claro: las almas iluminadas experimentarían una identidad metafísica con el Principio divino en tanto que materializado en el montículo primordial mediante su vuelta a la Fuente de la Vida. Igualmente, la hierofanía de Siddheshwari tal como fue experimentada por Nirmalá y sus seguidores es también un retorno a la Fuente de la Vida. Por la misma razón, el acto de Nirmalá de introducirse en el *vedi* se puede considerar como una experiencia de esta identidad metafísica, y, desde luego, fue experimentada como tal por los testigos presentes.

Muy probablemente, el agujero en el suelo era una galería del hormiguero sobre el que fue construido el *vedi*. Conjeturo también que lo que Nirmalá llevaba en la mano cuando sacó el brazo del agujero era una termita reina. Las galerías subterráneas son una característica esencial de los hormigueros de termitas y cualquiera que haya forzado uno, como yo lo he hecho, sabrá que muy probablemente su mano se encontrará accidentalmente con termitas, y que tal vez llegará a tocar incluso a una reina. Y si Bholanath había tocado el cuerpo grueso y parecido a un gusano de una termita reina, que es desagradablemente viscoso, su repulsión habría sido muy natural. Sin embargo, es pura conjetura; en cualquier caso, la identidad real del objeto no nos importa y es solamente un detalle menor en la interpretación de la hierofanía. Pero la experiencia de Nirmalá no sería menos extraordinaria por tener unas causas naturales como explicación. Por otra parte, su localización «oculta» del lugar y la manera en que su brazo consiguió entrar en el agujero de ningún modo se explican con facilidad. Ni tampoco el vínculo con las hormigas blancas «desmistifica» la hierofanía. Por el contrario, esos hechos, tal como los conocemos, hacen mucho más notable la manera en que esos particulares fenómenos naturales se integran en el conjunto del argumento.

En el *Yajur-veda*, se habla de las termitas como de «lo más temprano de la creación». Su montículo se identifica con el montón de barro original que se elevó a la superficie del océ-

ano cósmico. En el *Shatapatha Bráhmāna* se invoca a las termitas como «primogénitas del mundo»; sin embargo, en otro texto antiguo, los montículos hechos por las hormigas se identifican también con el primer montón de barro cosmogónico. Se habla de los insectos como «hormigas divinas, que originadas en la creación, se combinan con *rita*», siendo *rita* el término védico para el orden cósmico, oculto en el mundo inferior. Es curioso que la ciencia moderna nos diga también que las termitas son en efecto sumamente arcaicas y que han estado activas desde el nivel pérmico en la escala temporal geológica, esto es, hace no menos de doscientos millones de años. En la cultura popular india, las termitas están asociadas con el culto de los antepasados, y, como se cree que sus galerías llevan al mundo inferior, con la muerte y la «matriz de la vida y el renacimiento». Existen muchas historias de dioses y diosas de los que se dice literalmente que han «nacido de un hormiguero». La divinidad no representa el hormiguero, ni viceversa; el hormiguero es la divinidad y la divinidad es el hormiguero; montículo y divinidad son considerados uno. En los Vedas, se cita el agua procedente de un montículo de termitas como remedio para el flujo. «Muy en lo profundo entierran los Asuras este gran curador de heridas. Las hormigas suben este remedio de las aguas subterráneas». Y finalmente, y de especial interés para nosotros, la arcilla de un hormiguero que se utiliza en los cimientos de un templo es todavía llamada «embrión». El uso de Nirmalá del barro del hormiguero, para los cimientos del *vedi* y para hacer la imagen de la diosa, es todavía práctica común en la India moderna. El vínculo entre el hormiguero, la cosmogonía y la hierofanía de Siddheshwari no resulta tan oscuro después de todo.

Nirmalá continuó con sus estados de trance en el *vedi* durante algunos años más. Dado que era alta y de constitución robusta —dice Didi, que a menudo la vio meterse en el hueco— era asombroso que consiguiera introducirse allí. Pero la manera relajada de Nirmalá de acoplarse al espacio extremadamente restringido del *vedi* (un cuadro de no más de 55 centímetros de lado) expresa perfectamente su sentido de identidad con el Fondo no manifestado de todo ser. Acurrucada en el *vedi*, su estado físico es una verificación gráfica de su afirmación de que «este cuerpo es Eso». Ella está *en casa*: no en la casa de un Dios personal, sino de una Realidad Suprema sin forma, no manifestada, *anandamaya-kosha*, el cuerpo de beatitud. Hay un aire de inevitabilidad en la manera en que establece su residencia en el *vedi*: para ella es *nada especial*. Quien ha alcanzado la escena del último dibujo de la serie zen de los bueyes, explica su comentario, está tan por encima que no parece diferente de la gente ordinaria: «No empleo poderes mágicos para realzar mi vida; pero cuando me acerco, los árboles florecen». Didi acostumbraba a decir que los seguidores de Matají se habían habituado tanto a su cálida seguridad y a sus maneras corrientes, que tendían a darlas por supuesto, olvidando lo realmente extraordinaria que era su verdadera identidad. Tal vez fuera debido a esta aparente normalidad y naturalidad que ninguno de ellos sintiera ninguna necesidad de comentar o interpretar la hierofanía de Siddheshwari.

Bhaiji fue el primer discípulo que dio un reconocimiento público a la verdadera talla de Nirmalá. Su contribución al clímax de la historia del *vedi* indica su penetrante intuición. Jyotish Chandra Ray —su nombre original—, oficial mayor del gobierno en Dhaka, describe cómo, un mediodía:

Estaba ocupado en mi despacho. Alguien vino con un mensaje de Matají pidiéndome que fuera a Shahbagh. El director de Agricultura —le había dicho— podía encargarse de la oficina ese día.

Sin un momento de vacilación dejé todo el papeleo sobre mi mesa y, sin informar a nadie, salí para Shahbagh inmediatamente. Cuando llegué allí, Matajī dijo: «Vamos al áshram de Siddhēshwari». Así pues, la acompañé a ella y a Bholanath. Había un pequeño hueco [el *vedi*], exactamente donde ahora se levantan un pequeño pilar y un *lingam* de Shiva. Matajī se sentó dentro del hueco, sonrió y resplandecía de alegría. Grité a Bholanath: «De hoy en adelante llamaremos a Ma por el nombre de *Anandamayī*». Él contestó inmediatamente: «¡Sí, así será!». Matajī me miró durante unos instantes, pero no dijo nada.

Cuando estábamos a punto de regresar a Shahbagh ella preguntó: «Todo el tiempo estabas lleno de alegría, ¿cómo es que ahora pareces tan apagado?». Contesté que el pensamiento de volver a casa me había hecho recordar todo el papeleo que había dejado pendiente en la oficina. Ella dijo: «No debes preocuparte por eso».

Al día siguiente pregunté a Matajī por qué me había llamado tan inesperadamente en mitad del trabajo el día anterior. Dijo: «Para probar cuánto has progresado en los últimos meses». Luego añadió con una risa amable: «Si no hubieras venido, ¿quién habría dado un nombre a este cuerpo?»



Hormiguero sagrado (montículo de termitas).
Fotografía: John Irwin.



Adoradores del hormiguero,
relieve de Amarāvati, siglo II d. C.



Termita reina con «hormigas blancas»



«El universo próximo al momento de su creación» (telescopio espacial Hubble, NASA, de The Independent, 17 de enero de 1996)

La elección del nombre fue un rasgo de la intuición de Bhaijī; en lo más opuesto a la erudición, el saber y la investigación, el momento de nombrar es considerado tradicionalmente como algo muy importante. El nombre emerge en un momento de inspiración en el que nombra. La pronunciación del nombre es una condensación de la esencia de la persona: *nama-rupa*, convergencia de nombre y forma, un mantra del Sí. «Ananda» significa simplemente bienaventuranza, una palabra luminosa para un esta-

do luminoso. «Anandamaya» significa el Sí de bienaventuranza. Tal vez «impregnada de bienaventuranza» dé el tono del nombre elegido por Bhaiji. Shankaracharya, el gran exponente del Vedanta, citado por Anandamayí en relación con Siddheshwari, dice: «Cuando un ser, por medio de la percepción de la identidad absoluta, encuentra *descanso absoluto* en el Sí consistente en bienaventuranza, entonces es libre». Podríamos decir: «la bienaventuranza del absoluto descanso en el *vedi*».

La elección del nombre fue el verdadero punto culminante de la hierofanía de Siddheshwari. Sucedió en el momento, en la medida en que el ojo externo del observador puede percibirlo, en que el papel de Anandamayí cristalizó. Ella estaba empezando a establecer su identidad pública y pronto llegaría mucho más allá del círculo de compañeros reunidos a su alrededor en Dhaka. Pero la dificultad para escribir un relato de cómo sucedió todo esto surge del hecho de que la misma hierofanía es pura poesía. No se presta a una interpretación en prosa descriptiva, y algo esencial se pierde en mis palabras. Para recuperarlo, citaré un poema que *transmite* exactamente lo que creo que es el significado interior que Anandamayí dio a la hierofanía: el *Jñanasagar* de Aliraja, tal como es transcrito por el gran erudito S. B. Das Gupta, que fue, además, uno de los primeros eruditos en reconocer la verdadera naturaleza de Anandamayí.²

Se dice que el universo tiene su origen en el amor, y que el caos se sistematiza en el cosmos a través del lazo del amor. Hay amor entre el fuego y el aire, entre la tierra y el agua; sin este amor, ni el cielo, ni la tierra, ni el mundo inferior, se habrían originado nunca. Hay amor entre el cielo y el firmamento, entre el cielo y la tierra, entre el infierno y el mundo inferior en el que está, y de este modo, los tres mundos están sostenidos por el amor. Hay amor entre el sol, la luna, los planetas y las estrellas, y en el amor están todos fijados arriba en el firmamento. Hay amor entre el mar y su agua, entre la luna y la noche y el sol y el día; el árbol está fijado a la tierra por sus raíces, la abeja negra está unida al loto, el pez está unido al agua, el hombre está unido a la mujer; y todo está unido en el amor. El cuerpo está en el amor con la mente y la mente con el *prana* vital. En el amor la madre concibe al hijo, en el amor la tierra mantiene firme la raíz del árbol, en el amor el árbol mantiene firmes las ramas y las flores y los frutos, en el amor el fruto acumula jugo en su hueso; de este modo, todo el proceso creador está sostenido por el amor.

Este «descanso absoluto» es más significativo que una mera y agradable figura retórica y nos lleva directamente al significado más hondo del reposo de Anandamayí en el *vedi*. Fundamental en todo el pensamiento indio sobre la existencia fenoménica es la creencia profunda y duradera en la permanencia del Principio, pero no como un *big bang* único o un momento originante que provoca la sucesión temporal, como ocurre en el pensamiento occidental sobre el origen del universo. Para la mente india, la génesis es una *función que continúa*; la cosmogonía no se produce en el «principio del tiempo», sino en el Presente Eterno. Todo el simbolismo indio para este Principio inefable ayuda a «invertir la experiencia humana de génesis, a reintegrar la despilfarradora entropía del tiempo y recuperar la continuidad del todo original» (Philip Rawson). Al leer los diversos relatos de los años de juventud de Anandamayí y de los acontecimientos que llevan a su nuevo nombre, aunque todo sucediera hace mucho tiempo, uno

2. De S. B. Das Gupta, *Obscure Religious Cults*, 3ª ed., Calcuta, 1969.

sigue teniendo la viva impresión de un grupo de personas reunidas por un impulso particularmente poderoso de asimilación a ese «todo original». Cada individuo participa vicariamente en la inmersión a través de la intensidad de la identidad mística. La experiencia es tan completa, aun cuando esté separada de la entrada física real en el pequeño *vedi*, que no es necesaria ninguna interpretación del simbolismo. Aquí está lo real: la unidad con la Fuente. Ninguna palabra distinta a «Anandamayí», ningún comentario verbal, de la propia Anandamayí o de otra persona, se invocaba, nada más que su pronunciación oracular de los mantras. Ella misma es el cuerpo del templo (como lo sería una diosa en un contexto tradicional); sus palabras en el *vedi* son esencialmente crípticas, pero no obstante implican la estructura inteligible del mundo que emerge de esa Fuente. Lo que «sucede» en el *vedi* sirve para estructurar las de otro modo inexpresables intuiciones sobre el origen, el significado y el destino del mundo humano. La participación de un personaje tan carismático como Anandamayí guía la conducta de todos los demás participantes, así como su esfuerzo espiritual. La plétora de objetos simbólicos —un agujero en el suelo, punto central de donde emerge la energía de más allá en el reino de la manifestación, un hormiguero de termitas y la tierra sagrada, un altar rodeado por una cerca dentro de un santuario en un áshram— sirven meramente para que la energía divina entre en el mundo a través de la mediación de Anandamayí.

Ahora estamos en mejor situación para comprender por qué Anandamayí no recurrió al *vedi* durante mucho tiempo. Los sutiles mensajes que transmitió directamente al corazón de sus seguidores a través del lenguaje de los símbolos de Siddheshwari se habrían debilitado inevitablemente con el tiempo. Lo que una vez había servido para reconfigurar las vidas de todos los participantes en ese áshram perdería su irresistible inmediatez. No sólo Anandamayí seguiría su camino, sino que la reactualización de la hierofanía daría paso al discurso explicativo, aunque más abarcante y a la vez considerablemente más explícito. Pero durante el tiempo que duró, la relación de Anandamayí con el *vedi* sirvió como recordatorio para todos aquellos que lo presenciaron de que a cada individuo le es posible encontrar el camino de vuelta a la unidad oculta. Y para aquellos que ahora sólo pueden imaginar lo que aquello debió de ser, permanece como imagen convincente de la unidad esencial del individuo con lo universal, de la realidad manifestada con su fuente; en definitiva, del flujo constante entre lo no manifestado y lo manifestado.

Palabras de Anandamayí: *Comunicaciones breves 4*

Hay un tiempo para todo. Nadie puede venir a mí hasta que el tiempo está maduro.

Pregunta: ¿Cómo puedo saber cuál es el verdadero camino?

Respuesta: Si te sientas con todas las puertas y ventanas cerradas, ¿cómo puedes ver el camino? Abre la puerta y sal; el camino se hará visible.

Visitante: No tengo aspiraciones espirituales; soy feliz como soy.

Respuesta: Eso es bueno; también nosotros hablamos de felicidad. Si has encontrado el secreto de la felicidad, ¿por qué haces la afirmación en vez de estar en ese estado para que todos te vean? (Ella sonríe, el visitante ríe y reconoce que es así.) Estar con Dios es la felicidad verdadera.

Las múltiples especies de animales, pájaros, hombres, ¿qué son? ¿Qué son estas variedades de formas y modos de ser?, ¿cuál es la esencia que está en ellos?, ¿qué son realmente esas formas siempre cambiantes? Gradualmente, lentamente, al estar absorto en la contemplación de tu Amado, Él se revela a ti en cada una de ellas; ni siquiera un grano de tierra está excluido. Comprende que el agua, la tierra, las plantas, los animales, los pájaros, los seres humanos, no son nada sino formas de tu Amado. Algunos lo experimentan de esta manera; la comprensión no llega a todo el mundo de la misma forma. Existen infinitas posibilidades y, por consiguiente, lo que para una persona en particular es el camino específico a lo largo del cual lo Universal se revelará en su ilimitación, permanece oculto a la mayor parte de los individuos.

Pregunta: ¿Es posible sobornar a Dios?

Respuesta: Al engañar, sólo tú serás engañado.

Dios está en todas partes. Lo impregna todo. Él, a quien tú has buscado en vano durante tantos años, no está separado de ti. Así como no puede haber un hombre sin huesos, sangre, carne y piel, así el Uno está presente en todo lugar, en todo tiempo, entretelado con todo lo que existe.

Dios es el propio Sí de uno, el aliento del aliento de uno, la vida de la vida de uno, el *Atma*. Hasta que

su Sí verdadero no se le ha revelado, el buscador no puede nunca relajar su búsqueda. Buscando encontrará; el Sí está a su alcance. Sentirse fatigado, exhausto, porque no se Le ha encontrado es una señal muy buena. Indica que uno está acercándose a la purificación de su corazón y de su mente.

En los sueños, se puede ver todo tipo de cosas: cosas con las que la mente ha estado ocupada y, también, cosas sobre las que no se ha pensado pero que han ocurrido en el pasado o se producirán en el futuro. En cualquier caso, todo lo que sucede pertenece al reino de los sueños.

Existen ejemplos de cuando uno pierde la conciencia mientras está sentado en meditación. Algunas personas se han desvanecido, embriagadas, como si dijéramos, de alegría, permaneciendo en esa condición durante un tiempo bastante largo. Al salir, pretenden haber experimentado alguna especie de beatitud divina. Pero ciertamente eso no es la Realización. Existe una etapa en la meditación en la que se siente una intensa alegría, uno está como sumergido en ella. Pero, ¿qué es lo que está sumergido? La mente, desde luego. En un cierto nivel y bajo ciertas circunstancias, esta experiencia puede resultar un obstáculo. Si se repite una y otra vez uno puede estancarse en su nivel particular, y quedar así impedido de lograr un sabor de la Esencia de las cosas.

Si después de bajar del estado de contemplación eres capaz de comportarte como antes, no has sido transformado.

Cuando uno ha llegado a estar tranquilo, es decir, cuando uno ha llegado a establecerse en un estado de sosiego, entonces la actividad de la naturaleza que continúa en cada momento en el sueño y en la vigilia y es parte del movimiento de la peregrinación del nacimiento a la muerte, esto y la mente pensante son atrapados en esa corriente y permanecen flotando eternamente en ella. Mantener siempre la mente suspendida en el Sí, completamente despierta en la corriente de la Realidad, donde lo Insondable, el Uno-sin-final se revela siempre en Su infinitud, debe ser, con la intensidad de una posesión, tu único y constante esfuerzo.